

Ella está ahí...

Era una tarde de primavera, una brisa pasaba entre nosotras mientras tomábamos mate con mi abuela. Tenía el tono de voz siempre calmado, el amor con el que me hablaba de una pollerita que me había hecho con sus manos esa semana que no vine a verla...

Mientras hablaba de las flores que habían quedado en la parte inferior, podía ver los detalles de la tela blanca, podía oler también el perfume de la madre selva que había florecido esa semana. Era tan bello el aroma, tan armonioso verlo con el pasto cortado en el jardín, que parecía un paisaje de un cuadro pintado por ella. "Esas flores de arriba te van a disimular la panza", decía y así me parecía, luego comía un trozo de un pan de limón húmedo, que por fuera era costroso, limones que se confundían con el limonero de la vecina de al lado.

Su rostro, lleno de surcos de tanto esperar a un marido que no volvió nunca más de Uruguay, pero que no la alteraba sino que la había hecho fuerte, sólida, pero sobretodo sabia, muy sabia. Su cabellera gris, lacia, recogida;

"Esta tarde me vas a teñir Normita?"

- Si Nona como siempre!

-No te vas a manchar, te separé el delantal eh!

-No te preocupes Nonita."

Otro mate más y enseguida cambiaba la yerba, era una invitación silenciosa a seguir compartiendo con ella ese momento tan encantador para mí, tan mágico después de una semana dura en mi trabajo, en el centro cordobés. Mi nariz se llenaba de encanto: una mezcla de perfumes a esas flores blancas del fondo, los cítricos del pan y del linderero. Pero además se agregaban unos duraznos blancos que me hizo oler, los cuales había comprado al verdulero que pasó esa mañana para hacerme un heladito con maicena. De esos que se preparan para el siguiente día pero que te daba a probar en la noche. "Te va a salir muy rico abuela, como todo lo que hacés"...

Le di un sorbo más a ese Torrontés que me había servido el marido de mi amiga Sandrine, ella quería festejarme mi cumpleaños, en una noche de noviembre en su casa, donde ya no estaban mis padres que me criaron, pero sí ella estaba ahí como siempre, en esos perfumes de la copa donde me quería quedar a vivir.

Torrentés que había llegado esa tarde desde Cafayate, gentileza de un amigo de él, que esa noche pasó refrescado a la mesa, a compartir buenos momentos, inolvidables como el mate compartido.

Algunas personas creen que se toma para olvidar, yo siento que se toma para recordar los buenos momentos y a la vez crear nuevos buenos momentos.

No se han ido. Ellos siempre están en los perfumes que hay en una copa servida, en un sorbo nuevo, en la brisa de una tarde, en la carpintería del papá, en la orilla del lago de Villa del Dique, en un pan recién horneado de ese espumante que vas a abrir una de estas noches.

Chinchín!